MENÉNDEZ PELAYO Y LA MARQUESA DE VILUMA

CARLOS GONZÁLEZ ECHEGARAY

Un homenaje en la jubilación de Manuel Revuelta parece que debe centrarse en la obra fundamental que señala su paso por la dirección de la Biblioteca de Menéndez Pelayo: la edición monumental del Epistolario de Don Marcelino. En él se revelan facetas de su actividad intelectual poco conocidas, pero también aspectos de su vida íntima menos conocidos aún que aquéllas, así como noticia de las personas que rodearon a Menéndez Pelayo en su entorno familiar y amistoso.

Una de estas pesronas fue Joaquina de la Pezuela y de la Puente, Marquesa de Viluma y condesa de Casa-Puente los últimos años de su vida, o «Joaquina Viluma» como la llama el ilustre polígrafo en su correspondencia, siguiendo la inveterada costumbre de la aristocracia española. Esta interesante mujer pertenecía a una ilustre familia cuyos títulos de nobleza arrancan del Perú colonial en la persona de su abuelo, el primer Marqués de Viluma, Don Joaquín de la Pezuela y Sánchez, militar, que llegó a ser Virrey de aquel país. Su padre el segundo marqués era Don Manuel de la Pezuela y Ceballos. Su tío D. Juan de la Pezuela y Ceballos, Conde de Cheste, fue Capitán General, destacado escritor y Director de la Real Academia Española, cargo que desempeñaba a su muerte en 1906, y en el que había sido reelegido varias veces.

La familia Pezuela, oriunda de Cantabria, tenía posesiones en la zona oriental de esta región con su mansión de verano

en San Pantaleón de Aras, donde pasaban los meses del estío, pero su residencia habitual era en Madrid, en la calle del Barquillo y posteriormente en la plaza de Santa Bárbara.

En una conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional de Madrid sobre las mujeres en la vida de Menéndez Pelayo [1] hacía yo alusión a Joaquina Viluma, pero entonces no disponía de los datos que me han suministrado los últimos volúmenes del Epistolario que a la sazón no habían aún salido a luz. Hoy, con algunas averiguaciones complementarias, puedo ampliar aquel esbozo, dentro de los límites que el olvido de casi un siglo ha tendido sobre la vida privada de tantos personajes de aquella época.

He sentido ante todo curiosidad por conocer algún retrato de Joaquina de la Pezuela, pero no he conseguido hasta ahora localizarlo; me sospecho que no debía de ser físicamente muy atractiva, cuando ni Menéndez Pelayo ni ninguno de sus comunicantes hace referencia, al citarla, a su belleza, como hacen con las otras damas de su entorno. Según Sánchez Reyes, que fue director de la Biblioteca Menéndez Pelayo y autor de la más completa biografía de MP, Joaquina era una mujer «tan original e inteligente como rara y buena», a la que aquél «comenzó a darle algunas lecciones de filosofía y arte, que pocas veces habrán sido tan bien aprovechadas». Nació entre ellos una amistad, que según dicho autor, era «honda, limpísima, fraternal» y que duró toda la vida.[2] En cuanto a su aspecto exterior, dice a MP su hermano Enrique en carta de 1905: «Llegó Joaquina, como anunciabas, con su gran guardapolvos blanco, su sombrero antediluviano y los mismos guantes que el año 90. Fui a esperarla y a despedirla fue también María» (la esposa de Enrique) (XVIII, p. 162).

Existió una profunda y sincera amistad entre esta dama y MP, reflejada en la correspondencia cruzada entre ambos a

---

[1] Carlos González Echegaray: «Menéndez Pelayo y las mujeres», en *Menéndez Pelayo. Setenta y cinco aniversario,* Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 1989, pp. 37-56.

[2] Enrique Sánchez Reyes: *Don Marcelino. Biografía del último de nuestros humanistas*», Santander: Aldus, S.a., pp. 208-209.

lo largo de muchos años, y una parte importante de ella está recogida en el citado *Epistolario,* con cierta regularidad a partir de 1890, es decir, ocho años después de la época sentimentalmente agitada de MP, quien entonces está ya dedicado exclusivamente a su trabajo intelectual, aunque sigue frecuentando las tertulias de la alta sociedad madrileña. La mayor frecuencia de correspondencia entre ambos conservada hoy corresponde a los años 1897, 1899, 1903 y 1904. Hay que señalar que en esta abundantísima correspondencia predominan las cartas de ella, bien porque las enviadas por él se habrán perdido —no así las otras, que fueron escrupulosamente conservadas por MP, como toda la correspondencia que recibía—; o bien porque era ella quien más escribía y por eso, con frecuencia le reprocha sus prolongados silencios epistolares.

A este respecto, son muy bellas y sentidas las palabras que en 1897 le escribía: «Nuestra correspondencia tiene poca traza de conversación, que es lo que parece debería ser la de unas gentes que no tratan ni tienen negocios entre sí, y sólo se escriben por la costumbre de comunicarse ideas y sentimientos... y por mucho afecto que les hace tomar interés en lo que hacen o les sucede...» (XIV, p. 222). Sus quejas hacen pensar que ella sospechaba que MP ponía fechas imaginarias en sus cartas atrasadas, para no evidenciar su pereza en escribir: «las de las cartas de Vd. son fechas de fantasía, puestas «ad libitum», porque le parece aquel número mas bonito que otro...» (XV, p. 457 y XVII, p. 408).

Está claro que para que hubiese amistad y comunicación era necesaria cierta identidad de gustos y un nivel cultural por parte de ella que le permitiera cambiar impresiones y mantener conversación con el hombre más «sabio» de la España de su tiempo. Ella aparece a través de sus cartas como una mujer con la cultura básica que entonces tenían las señoritas de la alta sociedad española, un poco por encima de las de la clase media: labores de costura, piano, francés y «dibujo de adorno», como se decía entonces. Pero sobre esta base inicial tenía cierta cultura literaria y leía todo lo que caía en sus manos, a la vez que dominaba varios idiomas: francés, inglés, italiano

y acaso algo de alemán. En una de sus cartas aparece en el reverso un párrafo totalmente en inglés, y su dominio de esta lengua le permite hacer humorísticamente juegos de palabras, como cuando llama el «durmiendo carro» al coche-cama del ferrocarril, broma que contagia al propio MP. Con frecuencia utiliza palabras francesas cuando son oportunas para matizar una idea, y en alguna ocasión párrafos enteros.

Al leer sus cartas podría llamar la atención hoy día el hecho de que aparezcan algunas faltas de ortografía, pero hay que tener en cuenta que, hasta entrado el siglo presente, esta indeterminación en la ortografía era moneda corriente aun entre personas de cierto nivel cultural. Otro detalle curioso en estas cartas es que utiliza mucho la palabra «feo» que con frecuencia aplica al propio MP y a otros conocidos. El adjetivo está tomado en sentido figurado y se refiere no a la fealdad física, sino al comportamiento, significando algo así como ineducado, descortés, incorrecto. Este uso debía de ser una costumbre personal de ella, pues Enrique en una carta a su hermano, le dice: «...estos clericales son unos «feos» como dice Joaquina».[3]

Es difícil conocer cuáles serían sus lecturas, excepto cuando hace de ellas algún comentario en sus cartas, pero a través de éstas se deduce que su afán de lectura la hizo recorrer todos los géneros literarios y épocas, desde los remotos Prisciliano —a quien juzga «un pesado»—, Macrobio y Orígenes, hasta los escritores de su tiempo. No le gusta la crudeza y eso provoca su rechazo de Anatole France, pero le perdona a Paul Bourget por su buen estilo y línea argumental. Da cuenta de haber leído a Chesterfield, Theophile Gautier, Taine, Schiller, Lamartine, Walter Scott, S. Francisco de Sales... Lee con gusto la poesía de Musset, pero no le agrada tanto su teatro. Ha leído a Cervantes y a Gil Vicente a quien considera un gran dramático. Lee a Leopardi y cita un párrafo suyo entero en italiano y comenta los clásicos españoles en torno a los prólo-

[3] Se refiere a los de «El Diario Montañés», periódico entonces ultracatólico (XVI, p. 493).

gos de MP, cuyas obras devora apenas salen a luz. De entre éstas, su predilección parece ir a la «Historia de las ideas estéticas».

Entre los autores españoles de su siglo, lee a Pereda, Escalante, Valera, Clarín, Pastor Díaz, la Avellaneda, Gil y Carrasco, la Fernán Caballero, etc. También caen en sus manos obras de historiadores y críticos como Morel-Fatio, Nisard, Ruskin, Fernández Duro, J. M. Quadrado. De las amistades comunes con MP —aparte de las de la alta sociedad a la que ella pertenece—, en el mundillo intelectual se relaciona especialmente con Valera, con José María Quadrado, con Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, y con Cánovas del Castillo, entre otros.[4] En casa de sus padres se reunía una de aquellas tertulias entre aristocráticas y literarias que proliferaron en el Madrid de la Restauración y a las que acudía con asiduidad MP. Su hermano Enrique, en un artículo que publicó a la muerte de Joaquina, habla de una tertulia que reunía en su casa el marqués de Viluma. También en la citada biografía de Sánchez Reyes, se alude a la tertulia en casa de la marquesa viuda de Viluma. De todas formas ella acudiría seguramente a cualquiera de las existentes, como la del duque de Rivas y sus hijas, la de la duquesa de Medinaceli, etc., según se desprende de la correspondencia examinada.

Solía pedir consejo para elegir sus lecturas a MP a quien después manifestaba su juicio crítico sobre las mismas, muy sincero y con frecuencia acerbo; en sus apreciaciones se guiaba simplemente de su gusto personal y también de su código moral, que nunca fue ajeno a su modo de enjuiciar la literatura. A veces esta crudeza se refería a las propias obras de MP —a pesar de su ferviente admiración— como cuando dice, refiriéndose al discurso académico que está preparando, que «es lo que debía hacer siempre y no insensateces para la Revista de Archivos» (XVII, p. 391); o cuando le aconseja que no

---

[4] Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar en carta a MP de 3 de agosto de 1896, la llama «nuestra fiel y constante amiga Joaquina» (XIV, p. 24).

tome parte en «esas estúpidas polémicas sobre sandeces que a nadie le importan un rábano» (XVII, p. 82). Por el contrario, estos juicios se dulcifican y se hacen favorables cuando se trata de obras que a ella le agradan, como en general las de D. Juan Valera a quien tiene gran simpatía, aunque ideológicamente no coinciden mucho. A su vez, él la estima en gran manera, como puede verse en alguna de sus cartas.[5]

En la misma línea crítica se sitúan sus constantes ataques a los bibliotecarios, extensivos también a los investigadores que, para ella, eran los que acaparaban el tiempo y la atención que MP debería dedicar a escribir sus obras (XVII, pp. 116 y 125). Por eso le anima a prolongar sus vacaciones de verano en Santander, despreocupándose de los trabajos de la Biblioteca Nacional que para ella son «ocupaciones estúpidas» para las que bastan y sobran los funcionarios de aquella casa, ya que considera que bastaría con que MP dijera cómo había que clasificar los libros (XVII, p. 125) y en otra carta, que siga en Santander para «trabajar con más sosiego, que ninguna falta hace en Madrid, si no sucede algo extraordinario». A pesar de ello, en las cartas de él se ve de vez en cuando, que «el Maestro» aprovechaba su tiempo; en una de ellas la cuenta cómo está liado con el examen de los libros de la colección Gayangos y dice con optimismo que sólo le faltan de mirar unos 7.000. En otra la dice que está empezando la revisión de los libros raros de la Nacional que son unos 16.000 y que los tiene que ir mirando uno por uno (XV, p. 259).

De las frecuentísimas reprimendas de Joaquina, se desprende que MP se dejaba amonestar por ella, aprovechando de una manera subconsciente su indudable sentido común de lectora no erudita y así evitar en lo posible su tendencia innata

[5] «...entre los que han venido se cuenta nuestra antigua y bondadosa amiga Joaquina Viluma a quien hacía un siglo que no veía yo. Largo rato charlé con ella y tuve grandísima satisfacción en oírla tan buena y cariñosa como siempre. Muchísimo hablamos de Vd. Me dio pruebas de que leía cuanto Vd. escribe y lo que encomió fue la serie de prólogos que ha puesto Vd. en la Antología de Líricos Castellanos» (carta de J. Valera a MP, XVII, p. 274).

a la retórica y a la pesada erudición, para que resultasen sus escritos más digeribles para lectores corrientes. En este sentido no sólo le aconseja que se deje de temas abstrusos, sino que le impulsa a que reduzca las proporciones de sus obras: «Déjese por Dios, algo en el tintero y abrevie lo que pueda...» y más adelante le dice que se concrete «a más racionales dimensiones» (XVII, p. 416). El artículo antes aludido de Enrique en la muerte de Joaquina, hace alusión al papel positivo que algunas mujeres como ésta han tenido en la producción literaria de los grandes escritores.

Entre los eruditos próximos a MP, hay algunos que no parecen gozar de las simpatías de Joaquina, como Cotarelo, a quien califica de «inevitable», y considera su estilo como «pedestre». Pero en general no soporta Joaquina a los que frecuentan la biblioteca —tanto la Nacional como la privada del Maestro en Santander—, por la razón antes aludida. Hay una frase significativa en una carta suya de 1900: «no tolero más bibliófilo que Vd» (XV, p. 458). Los libreros anticuarios también eran objeto de sus prevenciones a MP como cuando le dice: «ese tuno de Sánchez que no le deja un sólo real en el bolsillo» (XIV, p. 63); o cuando habla de «los libros del tuno inglés que de seguro serán carísimos» (XVII, p. 34).

Estas admoniciones se extendían a otras facetas de la vida de MP, como los cargos públicos con que le abrumaban; así, le reprocha haber aceptado el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, y en la misma carta le dice: «pero su vida de V. es un constante error y no toma una determinación que no le sea funesta».[6] Otro de los aspectos en los que Joaquina sermoneaba a MP era el cuidado de su salud que él siempre consideraba cosa secundaria; así, es frecuente su recomendación para que alivie su reuma en los baños de Puente Viesgo o de Alhama de Aragón y a veces desciende a detalles menudos y pintorescos, como cuando le recomienda que en su

---

[6] «...ese malhadado Decanato que para Vd. es una calamidad sin ventaja ninguna...» (XIII, p. 354).

recorrido diario huya del sol de la canícula yendo por la acera de la sombra en la calle de Alcalá (XVII, p. 357). También le recomienda que «no deje de hacer ejercicio y tomar el aire del campo, no el de la calle de S. Francisco ni el de la Blanca» (XVII, p. 53).

El suceso público más importante de esta etapa de la vida de MP fue el desastre del 98. A primera vista y según se refleja en el epistolario, no parece que la cosa le afectara demasiado, aunque hay que tener en cuenta lo que ya hemos advertido al principio, y es que abundan mucho menos sus cartas que las de sus amigos y corresponsales y por ello es difícil afirmar rotundamente que determinados temas no eran de interés para él. En este caso llama la atención su aparente silencio, en contraste con el aluvión de comentarios de Joaquina, que llegan a reflejarse en un aumento en la longitud de sus cartas con relación a otras épocas. En ellas se revela un patriotismo entusiasta pero filtrado a través de un espíritu crítico de gran sensatez, sobre todo a la hora de calibrar las responsabilidades del desastroso final de la guerra. En cambio, su hermano Pedro, no recibía las noticias de la guerra con el mismo espíritu sereno (XIV, pp. 452 y 488).

A través de sus cartas aparece su preocupación constante por el rumbo de las hostilidades, por la suerte de los soldados españoles y por las consecuencias de una derrota que ella ya intuía muy próxima. De sus censuras no se salvan ni el Gobierno, ni las Cámaras, ni la prensa. Solamente quedan a salvo los militares y marinos que se vieron obligados a precipitar los acontecimientos, impelidos por las órdenes de Madrid y la ignorancia de la opinión pública, cegada por una propaganda triunfalista (XVI, p. 451). Incluso se remonta en sus referencias a los antecedentes de la situación que parece conocer a fondo, como se puede ver en sus alusiones a Weyler. Se advierte en su cartas que en este tiempo devoraba los periódicos para estar al corriente. A veces enfoca el problema con humor, como cuando bromea sobre el patronazgo de Santiago y los avatares de la guerra. Lo curioso es que en sus críticas no perdona al propio MP, con lo que se aclara que él no fue tan indiferente

al problema, ya que ella alude a sus entusiasmos belicistas y a sus supuestas críticas a la Reina (XIV, p. 431).

A veces la confianza entre ambos interlocutores permite entrever la postura de MP en los problemas de política interior. Así, en una carta del verano de 1906, le cuenta que «la visita del Rey resultó bastante fría, en parte por culpa de él que no hacía caso más que de las regatas y no se acordó de que había en la provincia más pueblos que las dichosas Fraguas...» (XVIII, p. 453). Y en otra de julio de 1907 le dice: «Santander hierve en fiestas y el Rey anda de la ceca a la Meca en su automóvil, tan de prisa que yo creo que no se entera de nada...» (XIX, p. 153). Pero en el fondo, MP se siente satisfecho cuando el rey le felicita por su nombramiento y sabe que el monarca se siente honrado con su amistad. De todas formas, en sus cartas con Joaquina se refleja que la carrera política no era la vocación de MP, a pesar de su acta de senador. Así, le dice en una carta: «De buena me he librado haciéndome el enfermo para no acudir al llamamiento que por tres veces nos ha hecho Maura para ir a votar al Senado. Debe de haber muchos en el mismo caso que yo...» (XIX, p. 153).

Quien haya leído por encima lo que hasta aquí se ha expuesto, puede imaginar que la relación entre MP y Joaquina iba más allá de una pura amistad, sobre todo por el tratamiento que se daban en sus cartas. Por supuesto, y siguiendo lo habitual en la sociedad de aquella época y aun entre amigos de confianza, jamás se tutearon, al menos por carta. Pero hay una expresión que puede inducir a engaño: me refiero a cuando ella le trata con cierta frecuencia de «mi niño», «niño mío» y «niño de mi alma». Esto pudiera parecer expresión de una intimidad excesiva, pero simplemente se trata de una forma simpática y personal de Joaquina, que viene a reflejar un poco el espíritu maternal y protector que inspiraba MP a cuantos le trataron, acaso por su evasión intelectual que le hacía vivir fuera del mundo que le rodeaba. Véanse como pruebas de esto las cartas de su hermano o las de sus maestros Rubió, Laverde, Quadrado y otros. Todos fueron para él un poco padres.

Respecto a este tratamiento, el propio MP se lo repite a ella con cierto humor en una carta de 1899 hablando de un libro raro que, según le dice, no existe en la Biblioteca Nacional, en la de Palacio, ni en ninguna parte más que en Florencia y «en casa del Niño», frase que pone entre comillas, aludiendo naturalmente a sí mismo (XV, p. 261). Y también, dirigiéndose a su hermano diez años después, al referirse a su propia elección para la Dirección de la Academia le dice: «...que todos los votos sean para «el niño», como hubiera dicho la pobre Joaquina» (XX, p. 403).

Dos datos más sobre el carácter de esta amistad. Uno, la advertencia de D. Juan Valera que, en carta de julio de 1888 decía a MP: «Lo que temo es que, sin sentir, se vaya Vd. engolfando en su amistad mística y sobresensible con Joaquina y venga a resultar otra cosa casi sin caer en ello (IX, p. 268). Sin embargo, la prevención de Valera resultó innecesaria. El otro dato, es el interés que su hermano Enrique muestra después de la muerte de MP por dejar bien en claro que la relación con Joaquina fue una auténtica y pura amistad. Se trata de unos apuntes manuscritos para una nueva edición del libro autobiográfico «Memorias de uno a quien no sucedió nada».[7] En una nota dice: «Transcríbase el artículo sobre Joaquina[8] precedido o seguido de algunas reflexiones sobre la limpieza y ternura de este afecto».

En las relaciones que podríamos llamar familiares entre Joaquina y MP, tiene especial relevancia la corriente de simpatía y aprecio mutuos que se establecen desde el primer momento entre Enrique Menéndez y Joaquina. MP en casi todas las cartas dirigidas a su hermano desde Madrid le envía re-

---

[7] El autor proyectaba un posible capítulo adicional (el 21) en el que se incluiría un «Elogio de la Marquesa de Viluma», según la nota manuscrita que la viuda de D. Enrique Menéndez Pelayo regaló con otros papeles a D. Enrique Sánchez Reyes y que éste dejó a su muerte a su sobrino Pablo Beltrán de Heredia.

[8] Se refiere al artículo necrológico al que ya hemos aludido, que publicó Enrique en «El Diario Montañés» de Santander del 13 de noviembre de 1908.

cuerdos de Joaquina que le manifiesta una extraordinaria estima; en esa correspondencia ella alude con frecuencia a su buen estilo literario y amenidad,[9] y concretamente se extiende en elogios sobre su novela «La golondrina» (XVII, p. 414).

Refiriéndose al libro de poesías de Enrique, MP dice a éste: «A Joaquina entregué el tuyo. Le leímos juntos y ya puedes suponer qué cosas me diría. Supongo que te ha escrito ya o que te escribirá un día de estos» (XI, p. 539). Cuando la Viluma reside en la Montaña —que son bastantes meses al año— son frecuentes las visitas de Enrique y su esposa María a San Pantaleón, que la Marquesa agradece sinceramente, mientras reprocha a MP su cicatería en visitarla y su despiste para enterarse de los horarios de trenes en sus esporádicos viajes a aquel pueblo.

En el último decenio del siglo comienzan a ponerse las cosas adversas para Joaquina Pezuela. Hacia 1890 parece que pasan los Viluma una difícil situación económica, que agravada por la muerte de la marquesa, su madre, en 1891 causa en Joaquina un estado de preocupación y tristeza. En una carta de José María Quadrado de 23 de enero de 1890, le dice éste a MP: «De la marquesa de Viluma (se refiere a la madre) recibí ultimamente una tarjeta tristísima en que me habla de pérdidas de fortuna por primera vez; ¿habrán llegado a punto de privaciones? (X, p. 251). En carta de 25 de noviembre de 1891 le pregunta refiriéndose a Joaquina, (la marquesa había muerto ya): «¿Vive con el hermano? ¿Ha mejorado de suerte?» (XI, p. 323). Y en otra de 1893 se pregunta «si es tolerable su situación en compañía del hermano solterón, en la vieja casa de la plaza de Santa Bárbara». «¿Está al abrigo de toda contingencia su futura suerte? Mucha pena me dan estos temores» (XII, p. 207).

Este su hermano Perico (Pedro Niceto) —que es quien en esa época ostentaba el marquesado de Viluma—, si nos basa-

[9] Hablando de lo que escribe Enrique dice: «...bonitas cosas de esas que acostumbra y a mí me gustan tanto...» (XVII, p. 399), y en una carta de 1907, MP escribe a su hermano: «...dice que tú eres el único que sabe escribir en Santander cartas bonitas...» (XIX, p. 240).

mos en las referencias aparecidas en el Epistolario, era persona muy simpática, solterón y según MP «un bohemio erudito».[10] Viven juntos durante trece años y parece que para ella esta compañía supone un grato alivio a su quebrantada salud. En una carta de 1895 dice: «lo único agradable es la compañía de Perico que a pesar de no estar este año tan bien como otros..., siempre es amena y su bondad que le hace tan complaciente y dispuesto a convenir con los demás y encontrarlo todo bien, añadiendo a su gracia y dichos oportunos, hacen su sociedad verdaderamente encantadora, aun en el campo viéndole a todas horas, así que sentimos muchísimo que se vaya» (XIII, p. 342).

En 1896 habla en una carta de la inminente pérdida para su rama familiar del título de Viluma, «el nombre que he llevado toda mi vida (pues bien sabe V. que no me conocen por otro)... por haberlo ilustrado no sólo el que lo ganó, sino mi buen padre con su mérito personal y esclarecidas virtudes públicas y privadas, y digo el nombre y no el título, porque ése, ni era ni había de ser nunca para mí... ni los tengo yo ya en ninguna estimación en vista de lo que los han prodigado y prostituido en estos últimos tiempos, pero si otro lleva el título no podemos seguir llamándonos así...» (XIV, p. 9). Parece que el problema se solucionó pues ya en 1897 su hermano Pedro aparece como Marqués de Viluma.

Su permanente sordera la aislaba bastante en sus relaciones sociales, como se advierte en una carta de Valera, en la que con su sentido del humor dice el autor de «Pepita Jiménez» refiriéndose a la lectura de un artículo suyo en una tertulia: «allí estaba Joaquina Viluma, que prestó atención. No

[10] «A casa de la vieja marquesa viuda de Viluma, iba con gran frecuencia atraído por el ambiente de aquella mansión señorial que, enraizada en la Montaña, constituía para él un sedante en medio de aquel torbellino del vivir madrileño. De su hijo Pedro, después marqués de Viluma, hombre ingeniosísimo y popular en todo Madrid, pues lo mismo se codeaba con toreros, cómicos y chulapas, que entraba en Palacio Real o festejaba a una duquesita, se hizo gran amigo...» (Enrique Sánchez Reyes, o. c., p. 208).

sé si la dejaría oírme su sordera. Supongo que ya habrá visto usted ahí a Joaquina» (IX, p. 259).

Pero más adelante aparecen síntomas de otras enfermedades especialmente del estómago que le causa molestias y dolores y que le obliga a tratarse con morfina (XIII, p. 310). También aparece el reúma y se le prescriben las aguas de Alhama, donde pasa temporadas. Finalmente hace su aparición una enfermedad de la vista molesta y dolorosa. Con estos achaques resulta explicable que en su correspondencia con MP, ocupen una parte notable los temas de salud y enfermedad.

El sentimiento de soledad y tristeza de Joaquina va en aumento, especialmente desde que comenzó la larga y penosa enfermedad de su hermano Pedro que ya andaba mal de salud desde el verano de 1899. Murió el 11 de enero de 1902.[11] Los gastos causados por esta enfermedad contribuyeron a acentuar la ruina de la familia por la imprevisión del propio Pedro, que había sido víctima de una importante estafa.[12] El fallecimiento de Pedro empeoró más aún la salud de su hermana, tanto en su dolencia gástrica como en el aspecto psíquico, muy próximo a la neurastenia, de lo que ella era consciente; en Julio de ese año anunciaba a MP que si ella seguía así, temía verse obligada a ingresar en una casa de salud (XVI, p. 340).

Al mismo tiempo avanza su enfermedad de los ojos y con ella la previsible ceguera que en diciembre de 1903 la hace decir que lo único peor que podría ocurrirle es quedarse ciega y antes le pide a Dios que le quite la vida.[13] Este empeoramiento

---

[11] «El pobre Perico va perdiendo fuerzas diariamente. No hay esperanza alguna de salvación... ni apenas habla ni puede alimentarse» (carta de MP a su hermano, XVI, p. 302).

[12] «Perico Viluma cada vez peor. Le asisten dos médicos que continuamente le sondan y le martirizan. Para sufragar los gastos de tan larga duración, la pobre Joaquina, asesorada por su sobrino Cabriñana, ha emprendido un pleito contra un señorito de Vitoria que le debe 28.000 duros, que pidió prestados a Pedro para no sé qué disparatada especulación». (Carta de MP a su hermano, XVI, p. 272).

[13] «...mayores desdichas como no sea la de quedarme ciega, no veo otra probable por el momento y esa sería tan cruel, que espero de

acentúa su aislamiento de la sociedad ya iniciado con la sordera y hace cada vez más penosa su mejor distracción: la lectura. Pocos días después en otra carta insiste en su temor a perder la vista y sigue con la depresión que la hace pensar en una muerte próxima (XVII, p. 241). En 1904 sufre una fuerte crisis en su padecimiento gástrico.[14]

El proceso de decadencia física de Joaquina fue acentuándose, y en febrero de 1908 MP le dice a su hermano: «Joaquina me da muchos recuerdos para vosotros. La pobre está bastante apabullada de resultas de sus males. El accidente que tuvo fue cosa grave, según me ha dicho su criado...» (XIX, p. 308). No sabemos a qué accidente se refiere. El 14 de junio escribía Enrique a MP diciéndole que había llegado a Santander Joaquina y que la acompañó hasta que se fue a San Pantaleón. Pero ya el 23 de agosto el criado A. Ricondo y Abascal escribe a MP de parte de su señora «que no puede escribir» para avisarle que tendrá el coche en Treto esperándole para llevarle desde esa estación hasta el pueblo. El 27 de octubre, estando ya en Madrid MP escribe a Enrique y le dice que no ha tenido noticias de Joaquina, lo cual le hace temer que siga peor. El 4 de noviembre Luis Bustamante desde San Pantaleón escribe a MP y le comunica que Joaquina «sigue gravísima y es milagroso cómo vive, pues apenas se alimenta» y le dice que agradece sus cartas. Le notifica que ya hay autorización para enterrarla en Monte Hano.

El día 9 se produce el fallecimiento y se supone que estuvieron presentes sus parientes de la Montaña con quienes se visitaba con frecuencia durante sus estancias en San Panta-

---

la misericordia de Dios me quite antes la vida, como se lo suplico, aunque resignándome con su voluntad...» (carta a MP, XVII, p. 229).

[14] «La pobre Joaquina hecha una lástima y como de costumbre sin querer ver a ningún médico... lleva 15 días sin más alimento que un poco de caldo con jugo de carne y aun esto lo digiere con dificultad. A pesar de todo está animosa y valiente y como es tan rara persona... puede... que logre salir de esta crujía como ha salido de otras». (Carta de MP a su hermano de 7-III-1904) (XVII, p. 302).

león. Enrique Menéndez no pudo asistir al entierro ni a los funerales según manifiesta en carta a su hermano a causa de un fuerte catarro a los ojos que sufrió. En ella le decía: «También nosotros hemos sentido la muerte de Joaquina por ella misma que nos demostró tan buen afecto y por ti en quien deja un vacío tan grande. No nos hemos olvidado de encomendarla a Dios...» (XIX, p. 548). MP le escribía desde Madrid y en sus palabras se transparenta lo hondo de la amistad que le unió a aquella singular dama: «Ya comprenderás lo mucho que me ha afligido la pérdida de una amiga tan cariñosa, buena e inteligente, ...y a quien tanto habré de echar de menos en este Madrid, que cada día me resulta más antipático» (XIX, p. 537). Enrique escribió un extenso artículo necrológico en «El Diario Montañés», del cual dice MP que le gustó mucho y se lo dio a leer a Rodríguez Marín que también se manifestó admirado del sentimiento y estilo de Enrique (XX, p. 7).

Fue enterrada en el monasterio de Monte Hano, próximo a Santoña, al cual había favorecido en vida; y se da la curiosa coincidencia de que en él y frente al enterramiento de Joaquina Viluma está el de otra mujer que dejó huella en la historia; doña Bárbara de Blonberg, la madre de don Juan de Austria. El epitafio de la tumba de Joaquina lo redactó MP en latín y su texto está recogido junto a otros epitafios latinos en las Obras Completas de MP.[15]

Joaquina dejó en su testamento para la biblioteca de MP aquellos libros de su propiedad que pudieran interesarle y una cantidad en dinero de unas trece mil y pico de pesetas. Hubo dificultades con el testamento, pues éste se limitaba según dice MP a «un enigmático papeluco» escrito por ella cuando ya estaba medio ciega, y que hubo que descifrar mediante un perito calígrafo. Parece desprenderse de la correspondencia

---

[15] El texto del epitafio es el siguiente: «Hic jacet in spe resurrectionis DOMINA JOAQUINA PEZUELA Marchionisa de Viluma Comitisa de Casa Puente, ingenio, moribus, pietate clarissima, hujus sacri coenobii Benefactrix egregia. Obiit IX D. Novembris A. MDCCCCVIII».

con Enrique y con los demás testamentarios, que esa cantidad era en acciones, puesto que se habla de la manera de hacer efectivos los valores de la herencia de Joaquina, y una vez recibida ésta, MP ordena a su hermano que venda en Santander parte de ellos (XX, p. 513). Tras un largo proceso notarial y bancario, esto se hizo efectivo en febrero de 1910 y su importe vino muy bien a MP para pagar las reparaciones que había encargado en el edificio y las estanterías de su biblioteca de Santander por los desperfectos causados por los temporales de lluvias.

Como siempre, en esta ocasión Enrique le da consejos prácticos para evitar despistes: «ahora cuida de no perder los «monises» o talón que te den. Lo mas cómodo para ti sería un cheque que trajeras para cobrar en esta sucursal del Banco de España y lo más conveniente que no estuviera en tu poder hasta que fueses a venir» (XX, p. 378»). Meses antes le había recomendado: «Ahora hay que pedir que tu insensatez, como ella diría, te permita administrarlo bien» (XX, p. 22).

No podemos cerrar esta semblanza de Joaquina Viluma, sin citar su profunda religiosidad, bien afianzada con lecturas y vivida intensamente. No hay más que repasar sus cartas para darse cuenta de lo auténtico de una fe que estuvo presente en toda su vida y más visiblemente en sus últimos y dolorosos años. Como dice Enrique en su artículo necrológico: «de su devoción y piedad profundas... responden... cuantos la han visto llevar su enfermedad y su muerte con aquella serenidad y brío espiritual...». También se manifestó la esquisitez de su espíritu en la preocupación por las personas que dependían de ella. MP en recuerdo de este interés consiguió después de la muerte de ella, colocar a uno de sus criados como celador en la Biblioteca Nacional aprovechando un concurso abierto (XX, p. 99). Mantuvo obras asistenciales como el sostenimiento de una escuela en Hinojedo (XV, p. 449), y ayudó con sus limosnas —como ya hemos indicado— al convento de Monte-Hano.

Como conclusión de todo lo expuesto, se puede deducir la existencia de una notable amistad distinta de todas las demás

relaciones que con las mujeres tuvo MP: unas puramente intelectuales, otras de enamoramientos fugaces, las más de mezcla de unos y otros elementos, pero ninguna en que se reflejara como en ésta lo falso de ese supuesto axioma de que entre un hombre y una mujer no puede existir un puro sentimiento de amistad distinto del amor.

CARLOS GONZÁLEZ ECHEGARAY
Presidente de la
Sociedad Menéndez Pelayo